

## RELACION MARIA-IGLESIA: MARIA ES TIPO DE LA IGLESIA POR SER SU MADRE

LAURENTINO MARIA HERRAN

De las cuestiones abiertas a una más elaborada profundización teológica (cfr LG, n. 54) a la hora del Concilio Vaticano II, una de las más polémicas era el modo de explicar la *asociación de la Virgen a la obra redentora de Cristo*.

Para simplificar la explicación que tradicionalmente se venía dando a la cooperación de la Virgen se la llamó *crisotípica*. Era la *Corredención*: María, dependientemente de Cristo, pero *con* Cristo había cooperado a lo que comunmente se llamaba redención objetiva, e. d., a la Redención que operaba Cristo con su misterio pascual.

Pero a partir de la obra de Köster, *Die Magd der Herrn* (1947), entraba en la teología una nueva explicación del modo de la cooperación mariana: María, la primera de los redimidos, en el Calvario en nombre de todos aceptaba la Redención que única y exclusivamente operaba Cristo el «único Mediador». Por donde la Virgen María era, como se venía llamándola desde los Padres, tipo de la Iglesia.

Las dos teorías se presentaban como mutuamente excluyentes: o Corredentora, y por tanto *Madre de la Iglesia*, o *tipo de la Iglesia*, de quien María es el miembro más importante y representativo.

En nuestro estudio tratamos de dar una respuesta que sinteticamente las dos corrientes de pensamiento:

*María es tipo de la Iglesia por ser su Madre.*

Preguntémosnos, ante todo, cómo ha de entenderse «tipo de la Iglesia».

1. Dos veces la const. *Lumen gentium* llama a María tipo de la Iglesia: en el n. 53 y luego, citando a San Ambrosio, en el n. 63.

El texto de San Ambrosio es como sigue: «Hemos aprendido la serie de los acontecimientos, hemos descubierto el plan (divino): aprendamos su misterio. (María) está bien desposada, pero (sigue) virgen: porque es *tipo de la Iglesia* que es inmaculada (=virgen) pero casada. Nos concibe virginalmente del Espíritu, y nos da a luz sin gemidos»<sup>1</sup>.

Aunque la aplicación que hace la Constitución conciliar rebasa los límites del texto de San Ambrosio, ciertamente es patrística la expresión *tipo* en toda la amplitud que vamos a exponer.

2. La palabra *tipo* es de origen bíblico, y tiene como sinónimos en latín *forma* y *figura*. En griego además, a veces, equivale a *imagen*, *símbolo* y *misterio*. En castellano se usa también *imagen*, *sombra*, *bosquejo*.

En la Biblia, *tipo* es el acontecimiento, cosa o persona que, teniendo su entidad propia, anticipa, por designación divina, otro acontecimiento, cosa o persona, que será la completa realidad que se prefiguraba (antitipo). Para ello, naturalmente, se requiere que nos conste la voluntad divina. Así el *arca de Noé* es figura de la Iglesia (1 Pe. 4.20-21); el *maná* lo es de la Eucaristía (Jn 6, 31-36); *Melquisedec* de Cristo (cfr. Heb. c. 7)<sup>2</sup>.

Desde este sentido bíblico se habla de *tipo de la Iglesia*, pero ampliando su significación. Pues el tipo veterotestamentario lleva consigo algo de imperfección, que cesará cuando en el Nuevo Testamento llegue a ser realidad lo que antes era sólo prefiguración. Tipo, cuando se dice de María con respecto a la Iglesia, es ciertamente una *prefiguración*, pero, como veremos, tiene en sí misma toda la perfección a que tiende la Iglesia en su etapa peregrina.

Por eso Semmelroth prefiere hablar de *arquetipo* (diríamos ideaproyecto, molde o maqueta viva), y señala tres requisitos para serlo: personificación de un contenido espiritual o de una colectividad en una figura concreta, vinculación real entre ambas que fundamente esta representatividad, y fuerza de modelo que le viene al tipo por ser la más destacada representación de lo que prefigura.

Conviene también tener en cuenta que, al hablar de *Iglesia*, la entendemos como *Cuerpo*, con relación a la Cabeza, Cristo; como su *Esposa*, denominación análoga para designar al conjunto de los redimidos, y que, en su etapa histórica abarca «a todos los justos

1. S. AMBROSIO, *In Lc II*, 7 (PL 15, 1555).

2. Sobre el tema puede consultarse H. DE LUBAC, *Exégèse médiévale. Les quatre sens de l'Écriture*, París, 1964; G. M. PERELLA y L. VAGAGGINI, *Introduzione alla Bibbia*, Torino, 1966; ZORELL, *Lexicon Graecum Novi Testamenti*, París, 1961.

desde Adán, desde el Justo Abel hasta el último elegido» (LG n. 2), sin entrar en las precisiones jurídicas de la plena pertinencia o no a la Iglesia visible o institucional.

### 1. *María charnela de los dos Testamentos*

Sto. Tomás de Aquino escribía: «Hay que afirmar que María fue el confín de la Antigua ley y de la Nueva, como la aurora lo es del día y de la noche»<sup>3</sup>. La semejanza que usa para explicar su pensamiento es la *aurora*, muy corriente en la literatura mariana, e incluso litúrgica. La aurora *ya no* es la noche, pero todavía no es el día aunque le preceda.

La Iglesia, dice la const. *Lumen gentium*, fue prefigurada desde el origen del mundo (en la primera Eva, antes de su caída) admirablemente preparada en la historia del Pueblo del Antiguo Testamento en tantos personajes que la prefiguraron, y, constituida en y por Cristo, llegará a su consumación cuando todos los justos de la historia se congreguen en la Iglesia universal y definitiva<sup>4</sup>.

Hay, pues, una continuidad histórica —*la historia de la salvación*— cuyos eslabones, a lo largo de las sucesivas Alianzas, fueron personas concretas, que al mismo tiempo representaban al Pueblo de Dios en cada uno de esos momentos decisivos: Abrahán, Moisés, David...

Como sabemos por la Sagrada Escritura, la Promesa se había ido reduciendo hasta concentrarse en el *Resto*, el pequeño grupo de «los humildes y pobres que con confianza esperaban de Dios la salvación o redención de Israel»<sup>5</sup>.

Entre ellos descuella, como su perfecta personificación, María, la elegida para dar, en nombre de toda la naturaleza, el sí a la *Alianza nueva y eterna*. Porque, con mayor perfección que ninguno de ellos, vivía todas las virtudes que caracterizaban a los «pobres de Yahvé».

María, pues, fue el *confín* o lindero entre los dos Testamentos; pero uniéndolos, como una charnela une las dos partes que giran sobre ella. Es decir. El Pueblo del Antiguo Testamento no sólo se proyectaba hacia María, como una de sus glorias más esplendorosas (cfr. Jdt. 14,10), sino que ese Pueblo reducido y purificado, «llegada la plenitud de los tiempos», se concentró en María, personificación de la auténtica *Hija de Sión*, en la que Dios realizaba plenamente lo que venía pre-

3. STO. TOMÁS, *In IV Sent.*, d. 30, q. 2, a. 1, sol. 1, ad 1.

4. VATICANO II, Const. *Lumen gentium*, n. 2.

5. *Ibid.*, 55, Cf. Lc 2,38.

nunciando en su designio salvador<sup>6</sup>. Nacida en la Antigua economía, vivía desde su concepción inmaculada la vida teologal, que era ya el fruto anticipado de la Redención, punto culminante de la Nueva economía, de la cual la Virgen sería la *imagen perfecta*, como el diseño que presidía el plan eterno de la salvación en el amor del Padre.

## 2. *María imagen (proyecto) y origen de la Iglesia*

Estas palabras, que la *Lumen gentium* aplica a la fase última de la Iglesia (LG, n. 68), tienen plena realidad desde el comienzo de la Iglesia de Cristo, que, según la teología de los Santos Padres hay que colocarlo en la misma Encarnación. Imagen es entonces el diseño vivo, diríamos la maqueta viva o molde en que el Espíritu Santo, por anticipado, realizó lo que después irá desarrollando a través de los tiempos.

«La reflexión de la Iglesia contemporánea sobre el misterio de Cristo y sobre su propia naturaleza la ha llevado a encontrar, como raíz del primero y como coronación de la segunda, la misma figura de Mujer: la Virgen María, Madre precisamente de Cristo y Madre de la Iglesia»<sup>7</sup>. En la raíz («fons» dice el texto latino) del misterio de Cristo está su Madre. De este Misterio de Cristo, que San Agustín llamará *Christus totus*, la fuente es María.

La primera de los redimidos es, como dice S. Agustín, *discípula de Cristo*<sup>8</sup>, aun antes de la Encarnación. Lo que equivale a decir que desde el principio vivió de la Gracia y de las virtudes *cristianas*. El Espíritu Santo, que llenaría al mismo Cristo, llenó antes a su Madre, inhabitándola en unión de las otras Personas Divinas. Y así, como dice De Lubac, es «la primera célula de la Iglesia»<sup>9</sup>. «Ella sola llena toda una edad de la Iglesia, la edad de la presencia de Cristo..., algo así como la primera onda de la Iglesia que va engendrando a las demás hasta el final de los tiempos»<sup>10</sup>.

Si traducimos, pues, la imagen de la *onda* a la realidad teológica, tendremos que, si la Iglesia es Cristo prolongándose históricamente en su Iglesia (que es su *complemento* o «pleroma» (Ef 1,22), es en María, y con su previo asentimiento, cuando el Verbo comienza a ser Cabeza.

6. Sobre el tema *Hija de Sión*, uno de los estudios más interesantes es el de L. DEISS, *María, Hija de Sión*.

7. PABLO VI, Exhort. *Marialis cultus*. Int., AAS 66 (1964) 115.

8. S. AGUSTÍN, *Sermo* 25 (PL 46, 937).

9. H. DE LUBAC, *Meditación sobre la Iglesia*, Bilbao 1959, p. 328.

10. Ch. JOURNET, *Teología de la Iglesia*, IV, II, Bilbao, 1965, p. 118.

Y lo es por la acción del Espíritu Santo («la obra particular del Espíritu Santo») <sup>11</sup>, de lo que nace el perpetuo vínculo con la Iglesia, que va desarrollándose conforme a la *imagen* que Dios tuvo al re-crear la Humanidad: «imagen auténtica de la humanidad inocente, santa» <sup>12</sup>, «la única en que la idea creadora de Dios se contempla fielmente y en la que se realiza la definición intacta y auténtica del hombre, imagen de Dios» <sup>13</sup>. Y sobre esta *idea viva* o arquetipo el Espíritu Santo impulsa al Cuerpo Místico a conseguir su plenitud o consumación.

### 3. *María, Madre de la Madre-Iglesia*

La visión de la Mujer del Apocalipsis ha sido interpretada tanto del Antiguo Israel o la Hija de Sión, como de la Iglesia, lo mismo que de María. Posiblemente, dado el género apocalíptico del libro, habrá que interpretarlo simultáneamente de *toda la Iglesia* y de su más perfecta personificación que es la Virgen. Ello explica que sea frecuente entre los Padres hablar indistintamente de la Iglesia y de María, como puede verse en los ejemplos que citamos: «¡Oh milagro místico! Ciertamente uno sólo es el Padre de todos. Uno también el Verbo de todas las cosas, y uno el Espíritu Santo, y El está en todas las partes. Y una sola también la Madre Virgen: a mí me gusta llamarla Iglesia» <sup>14</sup>.

«Os he dicho que sois todos hermanos suyos (de Cristo), y ¿no voy a atreverme a llamaros su madre? Pero menos me atrevo a negar lo que dijo el mismo Cristo. Ea, hermanos, atended cómo la Iglesia, es, cosa manifiesta, esposa de Cristo, y lo que más difícil de entender, aunque es verdad, es Madre de Cristo. María tipo de la Iglesia la precedió. ¿Por qué, os pregunto, María es Madre de Cristo sino porque da a luz a los miembros de Cristo? Vosotros a quienes me dirijo, sois los miembros de Cristo. ¿Quién os ha dado a luz? Oigo la voz de vuestro corazón: la Madre Iglesia. Esta Madre Santa, honorable, a semejanza de María, os da a luz y sigue virgen» <sup>15</sup>.

«María y la Iglesia, una y plural maternidad. Las dos madres de Cristo, pero ni la una sin la otra dan a luz el Cristo total» <sup>16</sup>.

11. JUAN PABLO II, *Carta con motivo del 1600 aniversario del I Concilio de Constantinopla*, AAS 83 (1981) 522.

12. PABLO VI, *Discurso* 8.XII.1963, *Insegnamenti di Paolo VI*, II, 641.

13. ID., *Homilia*, 8.XII.1964, *Insegnamenti...* IV, 622.

14. CLEMENTE DE ALEJANDRÍA, *Pedagogo*, I, VI (PG 8, 299).

15. S. AGUSTÍN, *Sermo* 25 (PL 46, 938).

16. ISAAC DE LA STELLA, *Homilia de la Asunción*, I (PL 194, 1863).

Hay, como se ve, un *entrecruzamiento de funciones*<sup>17</sup> que Scheeben llama *pericoresis*, o sea, atribución a la Iglesia de lo que es propio de María. Pero hay que tener en cuenta que en esta analogía, el primer analogado es la Virgen María, pues en ella se realiza, no sólo la maternidad de Jesús, sino la verdadera maternidad de toda la Iglesia: «María dio a luz corporalmente a la Cabeza de este Cuerpo, la Iglesia da a luz espiritualmente a los miembros de esta Cabeza», dice S. Agustín<sup>18</sup>. Por eso, cuando encontramos frases en que se vienen a identificar María y la Iglesia, es que siempre hay una alusión implícita a la que es Madre de la Madre.

La Constitución *Lumen gentium* distingue perfectamente, tanto la *maternidad* como la *virginidad* de María y de la Iglesia: *la maternidad virginal* de María es con relación al Hijo del Padre, «a quien Dios constituyó primogénito de muchos hermanos (Rom 8,29), a saber, los fieles, a cuya generación y educación coopera con amor materno», (LG, n. 63). Y según el Concilio Vaticano II esta maternidad comprende su cooperación con Cristo en toda su acción redentora, desde la Encarnación hasta Pentecostés, y que ahora continúa en el cielo<sup>19</sup>.

La virginidad de la Iglesia es su lealtad en «guardar pura e íntegramente la fidelidad dada a su Esposo, y, a imitación de la Madre de su Señor, por la virtud del Espíritu Santo, conservar virginalmente íntegra la fe, la esperanza sólida y la caridad sincera», (LG, n. 64).

En cuanto a la maternidad hemos de pensar, en opinión de Scheeben, que la de «la Iglesia obra sobre la base y por virtud de la maternidad de María, y la de María continúa obrando en y por la de la Iglesia»<sup>20</sup>.

«María —escribe Mons. Escrivá de Balaguer— edifica continuamente la Iglesia, la aúna, la mantiene compacta»<sup>21</sup>. Pero, como nos movemos en el misterio, siempre queda por resolver satisfactoriamente esta maternidad de la Iglesia en María y por María, cuando la de la Iglesia es principalmente *sacramental*: no sólo en cuanto a que la vida divina la mantiene y la restaura por los sacramentos (que actúan *ex opere operato*) sino en cuanto que la misma Iglesia ha sido llamada por el Concilio Vaticano II «quasi» *sacramento universal*<sup>22</sup>.

17. H. DE LUBAC, *o.c.*, p. 316 ss.

18. S. AGUSTÍN, *De sancta virginitate*, 2 (PL 40, 397).

19. *Lumen gentium*, nn. 61.62.

20. Citado por De Lubac, *o.c.*, 323.

21. J. ESCRIVÁ DE BALAGUER, *Es Cristo que pasa*, n. 139.

22. *Lumen gentium*, n. 48.

Este *quasi-sacramento* habrá que entenderlo en cuanto que la Iglesia prolonga e imita la unión del Verbo con la naturaleza humana: «no de modo distinto la unión social de la Iglesia sirve al Espíritu de Cristo, que la vivifica, para el incremento del Cuerpo»<sup>23</sup>. Tal misterio toca las raíces de la Encarnación, en la que María y el Espíritu actuaron de consuno. Por donde «sólo en cuanto unida a María y por María logra la Iglesia la plenitud de este carácter (sacramental) pues sólo en Ella representa perfectamente a Cristo y sólo con Ella es instrumento eficaz de la gracia que comunica con la predicación y los sacramentos»<sup>24</sup>.

Ello explicaría, por un lado, la conciencia que tiene la Iglesia de la intervención de María en la administración y confección de los sacramentos, incluída la Eucaristía<sup>25</sup> y por otro lado la ejemplaridad que tiene especialmente sobre todos los que realizan un auténtico apostolado<sup>26</sup>.

Usando, pues, nuestra escala de valores, diríamos que de la plenitud relativa, que María totalmente tiene ahora en el Cielo, revierte sobre la Iglesia lo que María es y significa en el plan salvífico de Dios.

«Quien quisiera meditar sobre este binomio 'María y la Iglesia' encontrará razones bellísimas para asociar los dos términos en una viva admiración del designio de Dios, que ha querido la cooperación humana, la de María, la de la Iglesia, al cumplimiento de la Redención... como escribe S. Agustín, 'figuram in se sanctae Ecclesiae demonstrat'<sup>27</sup>, la que refleja en sí la imagen de la Santa Iglesia; podemos decir algo más: en María, llena de gracia, encontramos todas las riquezas que la Iglesia representa, posee y dispensa... las prerrogativas de la Virgen se comunican a la Iglesia; María posee y concentra en sí misma, en grado eminente y perfecto, todas las gracias y perfecciones, de que Cristo colma a la Iglesia»<sup>28</sup>.

Dentro, pues, de la *comunidad de los santos* (que no hemos de olvidar está en la base de la maternidad o mediación de la Iglesia), María tiene la *prioridad eficiente* de ser la Madre de Dios, del Verbo encarnado, cuyo Cuerpo es la Iglesia, y *dentro de esta comunidad* que vive en el Espíritu de Cristo, que la vivifica, María es como el CORA-

23. *Ibid.*, n. 8.

24. P. PEDRO DE ALCÁNTARA, *Enciclopedia Mariana Posconciliar*, p. 421.

25. En la oración que sigue a la absolución sacramental se sigue una invocación a la Virgen María, y de Ella se hace mención «in primis» en la celebración de la Eucaristía. Y así podíamos citar los demás sacramentos y sacramentales.

26. *Lumen gentium*, n. 65; *Apostolicam actuositatem*, n. 4.

27. S. AGUSTÍN, *De Symbolo ad catechumenos*, 1 (PL 40, 661).

28. PABLO VI, *Discurso*, 27.V.1964, *Insegnamenti...* II, 889-890.

ZON que recoge la vida y la expande, en cooperación subordinada al Espíritu Santo<sup>29</sup>.

Y, por ser MADRE en el orden de la gracia (LG, n. 61), es el TIPO de la Iglesia en la que vivimos en gracia.

#### 4. «Seno» de María y «útero» de la Iglesia

Hemos visto que la ejemplaridad nace en María de su especial tipicidad con respecto a la Iglesia: María prefigura a la Iglesia, porque es su Madre, y de ahí que ésta tienda a parecerse a aquélla. Y es esta, en definitiva, la razón profunda de esa especie de intercambio entre las prerrogativas de la una a la otra. Veamos, en fin, la misteriosa unidad de maternidad que existe entre ambas, por donde no interfiere en absoluto, la una sin la otra, sino que se explican recíprocamente, como vimos que afirmaba el Abad de la Estrella.

La expresión «en el seno de María», de tan larga y antigua tradición, y refrendada en este siglo por la autoridad de S. Pío X<sup>30</sup>, sirve de base a una explicación analógica, extremadamente sugestiva —base de la espiritualidad montfortiana—, que, entre otros, adoptan el P. Bernardot, O. P. y el Cardenal Suenens<sup>31</sup>, para acercarnos al misterio de la maternidad permanente de María en la vida cotidiana de cada uno de los miembros de la Iglesia.

A la manera que el niño, antes de ser dado a luz, vive en y por la madre que lo gesta, nosotros los cristianos viviríamos «in sinu Mariae» ese influjo salvífico y maternal de que nos habla la *Lumen Gentium*<sup>32</sup>.

Y es esta analogía la que habrían tenido los Padres a la vista cuando hablaban del «útero» de la Iglesia, fuera de la cual —como se viene afirmando siempre— no hay posibilidad de salvación<sup>33</sup>.

29. La imagen de *corazón*, menos usada que la de *cuello*, explicaría mejor la función de María en el Cuerpo de Cristo. Cfr. P. TROMP, *De Virgine Deipara Maria corde Mystici Corporis*, Romae, 1972.

30. S. Pío X, *Ad diem illum*: «In uno igitur eodemque alvo castissimae Matris et carnem Christus sibi assumpsit et spiritale simul corpus adiunxit, ex iis nempe coagmentatum qui credituri erant in eum. Ita ut Salvatorem habens Maria in utero illos etiam dici gessisse omnes, quorum vitam continebat vita Salvatoris». *Documentos Marianos*, BAC 128, p. 370.

31. Cardenal SUENNENS, *¿Quién es ésta?*, «Enciclopedia del cristiano siglo XX».

32. *Lumen gentium*, nn. 60,62.

33. Bossuet hace caer en la cuenta de que, a diferencia de lo que ocurre en la biología humana, el cristiano ha de seguir en el seno de la Iglesia para poder vivir. Y este sería el más hondo sentido de la *infancia espiritual* que exige Cristo para poder entrar en el Reino de los cielos. Cfr. DILLENCHNEIDER, *Maria nella creazione rinnovata*, VI, 3, p. 219.22.



Ahora bien, la Iglesia en su totalidad, es, en expresión de S. Cipriano «seno de salvación»; lo cual equivale a la afirmación del mismo santo que «fuera de la Iglesia no hay salvación». El Concilio Vaticano II la llama *Sacramento universal de salvación* por ser el signo e instrumento de la íntima unión con Dios y la unión de todo el género humano (LG, 1), meta a la que aspira la Iglesia y por la cual se afana, *misionera* que es constitutivamente, con sus oraciones, su actividad apostólica y administración de los sacramentos <sup>34</sup>.

Pues bien, toda esta actividad eclesial, que la Iglesia desarrolla, es una acción verdadera, aunque místicamente, *maternal*: «Con su caridad, su oración, su buen ejemplo y las obras de caridad la comunidad eclesial ejerce una verdadera maternidad en orden a conducir las almas a Cristo» <sup>35</sup>. Y esta es la razón por la que María es la Madre y el ejemplo perfecto de todo apostolado <sup>36</sup>.

La Iglesia, pues, *imitando a María*, es la que pone la cooperación imprescindible para que la redención de Cristo produzca su efecto en todos y cada uno de los que se han de salvar. Es la Iglesia entera la que a imitación de María da un sí de activa aceptación a la salvación de Dios, y la que pone al servicio de cada uno de los hombres los medios ordinarios que Cristo ha determinado para que esta salvación se realice, contando con la colaboración personal de cada uno de los miembros. Y la Iglesia, como comunidad de salvación, es por tanto el *medio vital ordinario* donde el Espíritu Santo, «Señor y dador de vida», sigue actuando, a la manera que actuó en María, su Esposa siempre, para que la Gracia vaya desarrollándose en cada uno a la medida que, dentro del Cuerpo, desarrolla en sí mismo esa vida y contribuye a la de los demás.

Tal es en síntesis la doctrina de los Padres, la que tiene la Iglesia, sobre las relaciones entre la Iglesia y su Madre María. Citamos para concluir, algunos testimonios más:

«La Iglesia es para sí misma madre e hijos, pues en su conjunto los miembros de que consta la Iglesia son llamados MADRE, y uno por uno son los hijos de la Iglesia Madre» <sup>37</sup>.

«Cada alma lleva en sí como en un seno materno a Cristo. Si ella no se transforma por una santa vida, no puede llamarse Madre de Cristo. Pero cada vez que tú recibes en ti la palabra de Cristo y le das forma

34. *Lumen gentium*, nn. 16, 17; *Ad gentes*, nn. 17, 18.

35. *Presbyterorum ordinis*, n. 6.

36. *Lumen gentium*, n. 65; *Presbyterorum ordinis*, n. 18; *Apostolicam actuositatem*, n. 4.

37. *Quaestiones evangelicae*, 1, 18 (PL 35, 1327).

en tu interior, modelándola en ti como en un seno materno por la meditación, tú puedes llamarte Madre de Cristo»<sup>38</sup>.

«No pedimos que se renueve en nosotros como ocurrió antaño en este día, tu natividad corporal, sino que se incorpore en nosotros tu invisible divinidad. Lo que fue concedido entonces a María corporalmente pero en plano singular, ahora pedimos sea concedido en plano espiritual a la Iglesia: que te conciba una fe sin vacilaciones, que te dé a luz una mente liberada de toda corrupción, y que te conserve un alma envuelta en la sombra de la virtud del Altísimo»<sup>39</sup>.

### 5. *María realización histórica y anticipación escatológica de la Iglesia*

Cuando, como es corriente, se afirma que *María es la más perfecta* realización de la Iglesia, queremos significar que Cristo ha logrado ya el objetivo de su Redención, hacerse una Esposa «sin mancha y sin arruga» (Ef 5, 27).

«La Iglesia toda comienza cual en síntesis en una persona, María, y reproduce los rasgos íntimos de esta altísima creatura a través de un proceso evolutivo que ha lugar en el tiempo y en el espacio, y cuando llegue, en la Parusía, a la plena conformidad con su modelo último, Cristo»<sup>40</sup>.

Por eso los *privilegios* o dones —sin dejar ser únicos y singulares, irrepetibles, y por ello los más altos (cfr LG, n. 53)— son al mismo tiempo diseños arquetípicos de las realizaciones eclesiales<sup>41</sup>.

Si María es *inmaculada*, lo es mucho antes de que a la Iglesia se le pueda aplicar en toda su verdad esa expresión. Si María es la *toda Santa*, la santidad, que de la Iglesia proclamamos en el Credo, es en el tiempo sólo una tensión (LG, n. 8). Si María está en cuerpo y alma en el cielo, está con ello señalando la meta a que aspira la Humanidad redimida. Y si la Iglesia es *como un sacramento universal de salvación* (LG, n. 48), lo es dentro de la comunión de los santos, donde María es la intercesora *de todas las gracias*, la Medianera universal.

38. Ps. CRISÓSTOMO, *Sobre el ciego y Zaqueo*, 4 (PG 59, 605).

39. LITURGIA HISPANA, *In Nativitate*, Alia oratio.

40. P. P. DE ALCÁNTARA, *o.c.*, p. 419.

41. Escribía el cardenal Newman: «María es por tanto, en la pureza de su alma y de su cuerpo, arquetipo, y más aún, de lo que era el hombre antes de la caída, y de lo que habría llegado a ser si hubiera alcanzado la plenitud de su perfección. Habría sido triste, habría sido una gran victoria del Maligno, que la entera raza humana hubiera desaparecido sin exhibir un solo ejemplo de lo que Dios había querido que fuera en su estado original». Cfr. NEWMAN, *Discursos sobre la fe*, XVII, pp. 340-341.

Lo que ya es María glorificada en cuerpo y alma, es lo que será la Iglesia consumada. Más aún, es la *misma Iglesia en su parte principal* la que ha tocado ya el límite de la perfección (LG, n. 65). Y así, «imagen y origen de la Iglesia que tiende a su consumación en el siglo futuro» (LG, n. 68), María se presenta a la misma Iglesia como «imagen purísima de lo que ella entera aspira y espera ser»<sup>42</sup>.

Así la Virgen María, mucho más que todos bienaventurados «amigos y coherederos de Cristo», fue en vida «presencia y rostro de Dios», y ahora «signo vivo del Reino a que somos atraídos» (LG, n. 50), «allanándonos la senda»<sup>43</sup>, hacia el último destino de la Creación entera, cuando todas las cosas, atraídas hacia Cristo (Jn 12, 32), lleguen a esa misteriosa transformación cósmica que será la consumación del Reino que el Hijo ponga en manos del Padre<sup>44</sup>.

## 6. *María, el «ejemplar en que mejor se puede mirar la Iglesia»*

La ejemplaridad de la Virgen nace, en primer lugar, de ser María lo que llamaban los escolásticos *causa exemplar*, en fuerza de ser el arquetipo de la Iglesia: Ella por su vocación de Madre —siendo al mismo tiempo el miembro más eminente— de la Iglesia, está comprometida personalmente en que los demás miembros, hijos suyos, realicen, a imitación suya, lo que Ella, secundando a su propia gracia realizó en su vida: la santidad que, como la de todos los miembros del Cuerpo —pero en Ella con mucha mayor eficacia— influye en la de los demás.

La perfección de la caridad o santidad (a la que la Iglesia está vocacionada en todos y cada uno de sus miembros<sup>45</sup>), para los que componemos la Iglesia, durante nuestra etapa de peregrinos, no es más que una aspiración dinámica y operativa, una tensión siempre urgente hacia un «más», que sólo llegará a su colmo, a cada uno a la hora de su muerte, a toda la Iglesia en la Parusía del Señor.

Pero entre tanto, los miembros de la Iglesia, mirando a su Ma-

42. *Sacrosanctum Concilium*, n. 103; cfr. *Praefatio* in Missa de Assumptione B.M.V.

43. *Himnus* ad Laudes in memoria de Sancta Maria in sabbato.

44. *Gaudium et Spes*, n. 39. Interesaría, para medir la glorificación de Santa María Reina, ahondar en el significado que la const. *Gaudium et Spes* da a esa total transformación cósmica de que habla en varias ocasiones, y que se apoya en la doctrina de San Pablo, pero que hoy por hoy sigue siendo un misterio sugestivo.

45. Cfr. *Lumen gentium*, capít. V.

dre, que los precede como luz y guía en el camino (LG, n. 68), hijos y hermanos suyos que son, se esfuerzan por repetir en su vida la vida de su Modelo más acabado. Se entiende «no en el tipo de vida que Ella llevó y, tanto menos, del ambiente sociocultural en que se desarrolló..., sino porque en sus condiciones concretas de vida Ella se adhirió total y responsablemente a la palabra de Dios..., fue la primera y más perfecta discípula de Cristo, lo cual tiene valor universal y permanente»<sup>46</sup>.

María es tipo de la Iglesia, pues es a María a quien ella ha de someterse<sup>47</sup>, ya que María es modelo de todas las virtudes (LG, n. 65). «Fue tal María que su vida, con ser única, es ejemplar para todos»<sup>48</sup>.

Pero, al mismo tiempo que la Iglesia venera a María como la realización acabada de la obra redentora de su Hijo, «reflexionando piadosamente sobre Ella y contemplándola a la luz del Verbo Encarnado, llena de veneración penetra más íntimamente en lo más alto del misterio de la Encarnación, y se asemeja más y más a su esposo. Pues María, que ha penetrado íntimamente en la historia de la salvación reúne en cierta manera y reverbera las máximas exigencias de la fe, y al ser predicada y honrada culturalmente conduce a los creyentes hacia su Hijo, a su sacrificio y a su amor al Padre»<sup>49</sup>.

La ejemplaridad, pues, de María le viene del hecho de estar íntimamente e indisolublemente inserta en la obra redentora de su Hijo. La fe, la esperanza y la caridad, que son la sustancia de la vida teológica de un cristiano, nos asemejan en virtud de esa relación permanente de Madre e Hijo a Quien de manera típicamente excelente (LG, n. 65) hizo de estas virtudes la médula de su piedad. Y quien, sinceramente deseando vivir estas virtudes, mire a María, y la invoque, escuchará de Ella la recomendación de las bodas de Caná: «Haced lo que El os diga».

«Todo encuentro con Ella —afirma Pablo VI— no puede terminar sino en un encuentro con Cristo mismo»<sup>50</sup>. «Por ello la imitación

46. PABLO VI, *Marialis cultus*, 35, AAS 66 (1974) 147.

47. S. AGUSTÍN, *Enchiridion*, 34. Exponiendo el nacimiento virginal de Cristo, dice: «quo si vel nascente corrumpetur eius integritas non iam ille de virgine nasceretur; eumque falso, quod absit, natum de Virgine Maria tota confiretur Ecclesia, quae imitans eius Matrem cotidie parit membra eius, et virgo est» (PL 40, 249).

48. S. AMBROSIO, *De virginibus*, 2,17 (PL 16, 221). Esta afirmación compendiosa está en la base de la imitabilidad de María, de que todos los escritores hablan, y que la const. *Lumen gentium* señala como nota final de la verdadera devoción a la Virgen que han de tener todos los redimidos.

49. *Lumen gentium*, n. 65.

50. PABLO VI, *Mense maio*, AAS 57 (1965) 357.

de la Virgen María, lejos de distraer los ánimos del fiel seguimiento de Cristo, hace esto más amable, más fácil: puesto que habiendo Ella cumplido siempre la voluntad de Dios, mereció la primera el elogio que Jesús dirigió a sus discípulos: 'Quien hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos, ése es mi hermano, hermana y madre'»<sup>51</sup>.

Por eso la expresión «Ad Iesum per Mariam» es la formulación abreviada de toda esta ejemplaridad moral-eficiente que, en virtud de su maternidad, sigue ejerciendo sobre toda la Iglesia<sup>52</sup>.

María finalmente, es modelo del apostolado de la Iglesia, esa su esencial dimensión que es su ser misionero.

Sobre este tema recogemos algunas de las enseñanzas de Juan Pablo II, quien repite frecuentemente la expresión de Pablo VI en «*Evangelii nuntiandi*»: María «estrella de la evangelización».

«Cada madre transmite a los hijos su propia semejanza: también entre María y la Iglesia hay una relación de semejanza profunda... María se presenta a todo creyente como la criatura toda pura, toda hermosa, toda santa, capaz de «ser Iglesia» como ninguna otra criatura lo será nunca aquí abajo. También hoy miremos a María como a nuestro modelo. La miramos para aprender a construir Iglesia a ejemplo suyo»<sup>53</sup>.

Pues la Iglesia imitando a María Madre «desea a su vez ser una buena Madre, cuidar de las almas en todas sus necesidades, anunciando el Evangelio, administrando los Sacramentos, salvaguardando la vida de las familias mediante el sacramento del Matrimonio, reuniendo a todos en la comunidad eucarística por medio del Santo Sacramento del altar, acompañándolos amorosamente desde la cuna hasta la entrada de la eternidad»<sup>54</sup>.

Siendo la finalidad de cualquier servicio en la Iglesia, mantener vivo el vínculo dinámico de la Redención, «si somos conscientes de esta incumbencia, entonces nos parece comprender mejor lo que significa que la Iglesia, siempre y en especial en estos tiempos, tiene necesidad de una Madre ... El eterno amor del Padre, manifestado en la historia de la humanidad del Hijo que el Padre dio para que quien cree en El no muera, sino que tenga la vida eterna (Jn 3,16), este amor se acerca a cada uno de nosotros por medio de esta Madre y adquiere de tal modo signos más comprensibles y accesibles a cada hombre.

51. Id., *Signum magnum*, 2, AAS 59 (1967) 471.

52. Cfr. *Lumen gentium*, n. 62.

53. JUAN PABLO II, *Homilía en Efeso*, 4, 30.I.1979, ASS 71 (1979) 1610.

54. JUAN PABLO II, *En la Basílica de Guadalupe* al comienzo de la Asamblea General del Episcopado Latino Americano, 27.I.1979, AAS 71 (1979) 176.

Consiguientemente, María debe encontrarse en todas las vías de la vida cotidiana de la Iglesia. Mediante su presencia materna la Iglesia se cerciora de que vive verdaderamente la vida de su Maestro y Señor, que vive el misterio de la Redención en toda su profundidad y plenitud vivificante. De igual manera la misma Iglesia, que tiene sus raíces en numerosos y variados campos de la vida de toda la humanidad contemporánea, adquiere también la certeza, y se puede decir la experiencia de estar cercana al hombre, a todo hombre, de ser «su» Iglesia: Iglesia del Pueblo de Dios»<sup>55</sup>.

Y de esta *presencia materna*, de que Juan Pablo II habla constantemente, nace el Apostolado: «Madre de la Iglesia, la Virgen Santísima tiene una presencia singular en la vida y en la acción de la misma Iglesia. Por eso mismo, la Iglesia tiene siempre los ojos vueltos hacia Aquella que, permaneciendo virgen, engendró por obra del Espíritu Santo, el Verbo hecho carne»<sup>56</sup>.

De aquí que, aprovechando sus encuentros con cada uno de los grupos que se dedican al Apostolado, les recuerda que María es la *Reina de los Apóstoles y Madre del Buen Pastor, Madre del Sumo y Eterno Sacerdote*, y hasta «catequista del mismo Cristo»<sup>57</sup>, porque es la Madre y el modelo de cualquiera que de alguna manera se dedica al apostolado.

### *Corolario. Culto y devoción a la Santísima Madre de Dios*

La constitución *Lumen Gentium*, que en el n. 54, al presentar el tema del c. 8, habla de «las obligaciones de los hombres redimidos con la Madre de Dios y de los hombres», los concreta en el n. 66: veneración y amor, invocación e imitación.

Es la doctrina de la Iglesia, de siempre, que encuentra el apoyo en la vinculación inseparable de María a los misterios de Cristo, y que puede afirmar con la autoridad de un Pablo VI que «*la sincera devoción a la Virgen Madre de Dios es necesaria a todo fiel*»<sup>58</sup>: doctrina que explica ampliamente en su *Marialis cultus*.

Doctrina, naturalmente no nueva, sino vivida siempre en la Iglesia, y de la que damos otros dos testimonios:

«...considerando que si Dios nos ha mandado alabarle en sus san-

55. JUAN PABLO II, *Redemptor hominis*, 22, AAS 71 (1979) 323.

56. JUAN PABLO II, *Angelus*, 19.X.1980, *L'Osservatore Romano*.

57. JUAN PABLO II, *Catechesi tradendae*, 73, AAS 71 (1979) 1340.

58. PABLO VI, *Epistola «Subaudiae Gemma»*, con motivo del 4.º Centenario de S. Francisco de Sales, AAS 59 (1967) 117.

tos, cuánto más será obligatoria la veneración ... la alabanza y la acción de gracias a la Madre del mismo Dios»<sup>59</sup>.

Y, entre las incontables enseñanzas sobre la devoción a la Virgen que viene impartiendo Juan Pablo II desde el comienzo mismo de su pontificado, presentamos esta: «Nosotros los cristianos debemos dirigirnos a María, ya que por Ella, gracias al Espíritu Santo, hemos recibido a Cristo que nos hizo conocer la ternura del Padre celestial. ¿Cómo podemos vivir nuestro bautismo sin contemplar a María, bendita entre todas las mujeres, tan dispuesta a aceptar el don de Dios?»<sup>60</sup>.

De esta doctrina nace el axioma tan divulgado que la devoción a María es *señal de predestinación*:

«Es persuasión de siempre —dice Benedicto XV— entre los cristianos, probada por una experiencia de siglos, que los que la tienen por Patrona no perecerán eternamente»<sup>61</sup>.

Y para terminar, nada más que un testimonio de San Juan de Avila, quien afirmaba «más querría estar sin pellejo que sin devoción a María»<sup>62</sup>, y fue en nuestro siglo de oro uno de los más fervorosos propagadores de esta devoción:

¿Queréis ver una señal grande si uno es bueno, si se ha de salvar? Mirad si es devoto de la Virgen. *In electis meis mitte radices*. (Eccli 24, 13). Dice Dios: «Señora Madre, en mis escogidos echad raíces». ¿Señal de escogidos de Dios? Que tenga la Virgen —su devoción— raíces en vos; no a sobre peine, sino devoción entrañable. Sed devotos de esta Señora, y servidle... La verdadera devoción a la Virgen que tenga raíces, no de encima, sino que por su devoción haga fuerza a tu voluntad y a tus pasiones; que, porque ella fue limpiísima, por su devoción, aunque tus pasiones te inclinen a otras cosas, seas tú limpio por su amor, y te apartes de males, y digas: «Esto por amor de la Virgen limpiísima»<sup>63</sup>.

59. BONIFACIO IX, Bula *Superni benignitas*, Documentos Marianos, n. 135.

60. JUAN PABLO II, *Angelus*, Le Bourget, Francia, 1.VII.1980; *L'Osservatore Romano*.

61. BENEDICTO XV, Epíst. apost. *Inter sodalicia*, Documentos Marianos, n. 556.

62. S. JUAN DE AVILA, *Sermón en la Presentación de la Virgen*, Obras Completas, III, BAC, t. 304, p. 66.

63. *Ibid.*

